

ROBERTO J. PAYRÓ EN BAHÍA BLANCA

BAHÍA BLANCA. PAGO CHICO

Pocos años de edad y buena experiencia periodística tenía Roberto J. Payró cuando llegó a Pago Chico, cuyo nombre oficial de Bahía Blanca servía de referencia para quienes observaban los núcleos iniciales de un pueblo en formación. Amagado por la indiada hacía poco más de una década, el fortín no era ya la mirada del vecino temeroso del alud araucano precipitado desde las sierras vecinas: sus ojos se adentraban ahora en la pampa, devoradora del material humano que desde la capital, tomándolo de los mugrientos barcos de inmigrantes, le servía el ferrocarril de no lejana inauguración. Bahía Blanca empezaba entonces a sentir su vida propia, contagiada, como todo el país, por la fiebre del progreso. Bullía Pago Chico en su fermento transformador y la en un principio población adosada a la fuerza militar cuya instalación había capitaneado el coronel Estomba en 1828 y que estaba «compuesta de mujeres de soldados, — chinas —, copiadores de quillangos y pluma de avestruz, compradores de sueldos, mercachifles, pulperos, indios mansos, indiecitos cautivos», como diría después su cronista, se convertía rápidamente en crisol llamado a transformar en unidad etnográfica

fica la dispar materia prima compuesta por sus habitantes de aluvión. Tiene la región sus días espléndidos, apacibles y luminosos, pero son frecuentes los opacos, de viento silbador y nubes de polvo que interponen una barrera infranqueable a los rayos del sol; pero el hombre de tierras lejanas no tenía tiempo para añorar sus playas ni para apreciar diferencias climatéricas. Tampoco para pensar en el reposo hogareño ni en la tradicional reunión de las generaciones vivientes alrededor de la mesa pobre y honrada. Otra es ahora la vida; todo está por hacer y aquí se viene a trabajar... El ferrocarril pide peones, las estancias se pueblan de hombres y de ganados, los campos se dividen, el pueblo se extiende y demanda hombres que levanten nuevas casas, las chacras arraigan colonos y piden brazos que roturen la tierra y que levanten gavillas. Bahía Blanca se agita y los 4320 habitantes que para el radio urbano establecía el censo de 1886 se duplican en seguida de salir esa cifra de la imprenta; no son muchos, por cierto, pero la agitación lugareña, en negocios y en política, hacen pensar en algunos más...

A tono con esta actividad está la periodística y dos diarios — *El Porteño* y *El Argentino* — reflejan en sus columnas — amplias las del primero, más modestas las del segundo — el movimiento diario de braceros, la entrada de buques en el puerto, las actividades municipales, el establecimiento de una nueva industria, el trabajo de las barracas, los barquinazos de algún tílburí en la plaza principal y el espectáculo de un beodo « durmiendo la mona » (es la frase obligada en el periodismo de la época) en cualquier esquina céntrica, matizado todo con algunos telegramas algo atrasados por el mal funcionamiento de las líneas provinciales, un editorial sobre finanzas, el verso meloso del aspirante a marido y lar-

gas crónicas sobre las andanzas del submarino Peral. Dentro de estas características vive la prensa de Pago Chico, pero ha de asentarse que *El Porteño* resulta magnífico en ese tiempo y en ese medio. Es un diario bien escrito, de juicio sereno y objetiva información, ofreciendo diariamente nutrido y no mal seleccionado material de lectura, pero su calidad descendió posteriormente en forma apreciable, en su afán oficialista.

Es en las columnas de *El Porteño*, precisamente, donde se registra — el 23 de octubre de 1887 — la llegada al pueblo de Roberto J. Payró, quien, según el gacetillero, se encuentra de paso, visitando a su señor padre, que ejercía el cargo de gerente de la sucursal local del Banco de la Provincia¹. Adelanta el diario que, a pesar de estar de visita, el viajero « no permanecerá ocioso, pues reflejará impresiones en el *Sud Americano*, al que pertenece ». Además está decir el gozo que para los periodistas de la aldea significaría entablar relaciones, conversar, recibir noticias y cambiar impresiones sobre algo de lo que no se trataba en el pueblo a diario : sobre cosas de la pluma.

El visitante era un muchacho, sin embargo, pues no pasaba los veinte años de edad. Era un muchacho, pero su vida tenía ya experiencia, su nombre había movido las prensas más de una vez y diarios de la capital y de Córdoba lo habían contado entre sus redactores. Venía del Paraguay y cuatro libros llevaban su firma, dos de versos y dos noveles-

¹ La llegada de Payró a Bahía Blanca no debió de ser motivada por un accidente ocurrido a su padre, como informa su biógrafo, ya que tal accidente ha de ser el que sufrió don Felipe el 21 de marzo de 1888 (seis meses después de la llegada de su hijo), al caerse de un caballo, y que le costó la fractura de un brazo.

cos. Son primerizos, pero no carentes de valor, como pudiera creerse. *Antígona* fué publicada en 1885 y que gustó nos informa una frase simple que en el ejemplar que tenemos en las manos estampó la pluma de alguna niña, hace ya muchos años a juzgar por la palidez de la tinta, como impresión final de su lectura: « ¡ Pobre Ernesto ! » En su simpleza, nos revela el interés despertado por la trama y las simpatías que atrajera sobre sí el bueno de Ernesto González...

PRIMEROS ESCRITOS DE PAYRÓ EN « EL PORTEÑO »

Los halagos que el joven Payró debió encontrar en el pueblo serían muchos. La posición de su padre, las simpatías personales y los prestigios de su pluma, lógicamente lo harían pronto el niño mimado de la pequeña sociedad del lugar. Eso y tal vez otros motivos hicieron que la visita se prolongara y que el poeta y novelista se adaptara al ambiente. Y pronto, como no podía ser menos — el 22 de noviembre, para dar fecha, — las columnas de *El Porteño* ofrecieron la primera colaboración suya. Se titulaba *La rabona, Reminiscencias estudiantiles*, y era el relato de sus andanzas extraescolares, sus ratos de vagancia por « el bajo de la pileta », paraje de la calle Alsina de Buenos Aires. Al día siguiente una nueva colaboración lleva su firma; se titula *La patria nueva* y se refiere a la llegada de inmigrantes que asentarían aquí sus hogares, constituyendo su nueva patria.

- Al género poético correspondió un nuevo aporte, que se publicó el 24 con el título de *Coquetería*. Eran cuartetos endecasílabos que relataban un romántico amor en el que el poeta-leñador ofrece a la amada rústica y apartada cabaña, pero

que, cuando el dulce se vuelve almíbar, se transforma (¡ Oh, el diablillo retozón que ya se nos trae el poeta, escondido en los repliegues más íntimos de su ser psicológico !) en prosa vulgar, desilusión y desencanto del trovador abandonado...

Un día después vuelve a verse la firma de Payró, iniciando esta vez el cuento *El olvido*, que aparecería más tarde en su colección de *Novelas y Fantasías*. Desde entonces fueron frecuentes los trabajos publicados por él en este diario, en verso y en prosa. En diciembre empleó por primera vez en Bahía Blanca su seudónimo de Julián Gray y con él fué firmando continuas crónicas teatrales, aprovechando para ello la larga estada de una compañía dramática que dirigió el artista inglés Jerman Mac Kay. Actores de esta compañía ofrecieron al pueblo tres trabajos del comentarista : los monólogos *Me suicido* y *La noche de bodas* y el diálogo patriótico *Madre e hija*, todos en verso. Los monólogos son piezas al estilo español de ese entonces y que si ahora no causan mucha gracia otra cosa sería colocados los versos en el ambiente de hace medio siglo largo y en boca de buenos cómicos. El diálogo podría pasar aún ahora, en fiestas de beneficencia o conmemorativas de efemérides patrias. En una de aquéllas se representó y le valió el nombramiento de socio honorario de la institución organizadora.

Otra función de beneficio dió lugar a un magnífico discurso de Payró. Era propiciada por la Biblioteca Bernardino Rivadavia, de la que había sido designado tesorero y la que le encomendó las palabras del caso. Leyendo la pieza oratoria, que se dió íntegra en el diario, cabe afirmar que pertenecen a ella algunas de las mejores cuartillas escritas por el novelista en Bahía Blanca y hoy mismo, con tanto

como se ha publicado sobre el libro y la biblioteca, su lectura se hace con sumo agrado, pudiendo figurar en cualquiera de las actuales selecciones literarias.

LOS SEUDÓNIMOS DE PAYRÓ

Excepto el de Julián Gray, ninguno de los seudónimos usados por Payró en Bahía Blanca ha sido recogido por Raúl Larra en su obra biográfica del ilustre escritor argentino; tampoco por los encargados de confeccionar su bibliografía, según informaciones que han llegado a mi poder. No ha de extrañarse, dado el largo tiempo transcurrido y que puede muy bien haber hecho olvidar esos seudónimos a los pocos sobrevivientes que estarían en condiciones de dar las informaciones del caso. Yo mismo he conversado con algunos de quienes trataron a Payró en ese entonces y no recuerdan siquiera el de Gray, usado diariamente. Otro de los motivos que disculpan las omisiones es sin duda el de que no se cuenta en la capital federal, que sepamos, con una colección de *El Porteño* y de *La Tribuna*, de Bahía Blanca, que fueron los diarios donde dejó excelentes producciones de su inteligencia y el documento valiosísimo de la formación de su robusta personalidad literaria y moral. Aquí no usó — nosotros no los hemos encontrado, por lo menos — uno de los preferidos en otros sitios, Gustavo Colline, a no ser en la traducción de un cuento de Jules Claretie publicado en el sexto número de *La Tribuna*. Tampoco los otros citados en la mencionada biografía.

El 15 de marzo de 1888 apareció en *El Porteño* una carta humorística dirigida a una dama, a propósito del sorteo de

ciudadanos para el servicio de la guardia nacional, firmada por Loreto Cartucho, nombre apropiado para quien debía soñar con el fusil y con las dificultades de agenciarse fondos con que pagar reemplazante. Esta firma se repitió después frecuentemente, sobre todo en las columnas de *La Tribuna*, donde se sucedieron los cambios de cartas iniciados en el primero de los diarios citados en octubre, entre el mencionado Cartucho y su amigo Armando Camorra. Terció después León Manso y se hizo presente también un S. Cordero Bravo. La soltura para escribir, la fluidez del estilo, que acusa de inmediato una pluma entrenada y una agilidad mental indiscutible, indican al lector que tras esos nombres, como el de Julián Gray usado preferentemente en los editoriales y artículos doctrinarios sobre economía y política, y la abreviatura R O B, menos frecuente, hay un solo hombre: Roberto Payró. Habría que estudiar detenidamente lo publicado con otros seudónimos, como Never Mind, Juan de Galia y Simplicio Bobadilla, pues no sería difícil encontrar ahí también rastros de su ingenio. Leyendo los diarios bahienses después de repasar los libros primerizos del escritor, pronto el estilo lo delata ante nuestra familiaridad con su prosa de esa época en esos nombres supuestos que nosotros afirmamos le pertenecen. Respecto al seudónimo de León Bravo resulta indiscutible su pertenencia a Payró, como se verá en otro lugar del presente ensayo.

INTERMEDIO : REMATES Y COMISIONES

Cuatro y medio años duró la estada de Payró en Bahía Blanca y no cabe duda de que si ellos no tuvieron para él

la intensidad dramática de los días angustiosos vividos en Bélgica durante la invasión, fueron agitados y de fiebrada actividad, con enorme influencia en su obra literaria posterior. Aquí encontró la que había de ser compañera inseparable de su vida y de aquí llevó lo que podría llamarse materia prima de su formidable creación novelística. Recogió experiencia, contemplaron sus pupilas y sintió todo su ser el resollar del interior del país en su afán por hacerse grande, no sólo en política, como lo diría después, en el epílogo de *Pago Chico*, sino en la plena vida nacional. Es interesante así hacer somera reseña de las actividades múltiples del escritor en este rincón argentino.

Un mes después de llegar, Payró anunció su sociedad con Adolfo Canavery, martillero, para establecer « una nueva casa de remates », inaugurada el 5 de diciembre de 1887. Bajo esta razón social efectuaron los habituales negocios de venta de tierras y solares muy frecuentes en aquel entonces por las continuas subdivisiones de tierras para chacras, lotes para edificar en el radio urbano, etc. Se hicieron cargo además de la agencia de *La Prensa* y editaron una guía del pueblo, de la que aparecieron tres números por lo menos. En este mismo negocio se desempeñó habitualmente hasta 1891, pronto por cuenta propia como martillero (un artístico monograma encierra en los anuncios las iniciales R. J. P.), más tarde en sociedad con Ángel Brunel, que fué a la vez administrador de *La Tribuna*, y por último en compañía de su hermano Eduardo, que colaboró con él en la empresa periodística. Pese a lo pequeño del pueblo, las casas dedicadas a esta actividad comercial eran muchas y no es la de Payró precisamente la que mayor número de anuncios tiene en la sección respectiva de los diarios, lo que hace

pensar que la gente de entonces, como la de hoy, no tendría mucha fe en los poetas puestos a negociantes...

La actividad mercantil era así una especie de intermedio entre la de la pluma y la de buen vecino. En este último carácter vemos a Payró actuando en los círculos más diversos y llevando su apoyo a todo lo que signifique un adelanto y un paso hacia adelante en el progreso de la futura ciudad. Las sociedades de beneficencia, la Biblioteca, la masonería, el centro político, todo le atraía y a todas partes llevaba el contagio de su entusiasmo; hablaba en las reuniones, alentaba desde el diario y formaba parte de las comisiones directivas, muchas veces como secretario, siempre el cargo de mayor trabajo y dedicación. También fué consejero escolar.

DE LLENO EN EL PERIODISMO

En *El Porteño* entró de lleno bien pronto y noticias que fueron apareciendo informan que lo dirigió en algunos períodos. Después de sus comentarios teatrales escribió, con el propio nombre o con el seudónimo de Julián Gray, cantidad de artículos sobre materias variadas, desde las puramente literarias, como la página *Los niños*, hasta las de pretensiones más serias, como un estudio sobre Jesús, que debió ir en dos números y otro sobre el matrimonio civil, dividido en seis capítulos. Las poesías abundan, confirmando la debilidad juvenil de Payró por el verso. Las hay de las medidas más diversas, desde el soneto hasta el verso libre y de largo aliento. Los temas son también variados y van desde el humorístico hasta el necrológico. Una poesía a la lira es reflejo del espíritu del poeta, siempre optimista y cordial:

Canta, canta dichosa
la amistad, el amor y la alegría ;
luchas, odio feroz, guerra ominosa
no cantes, lira mía.

Más de una columna ocupa otra titulada *Los dos cerebros*, entre filosófica y humorística. Es un diálogo entre cerebros de escritores :

En un desván donde el sol
jamás asentó su real,
en dos frascos de cristal
y nadando en alcohol,
lejos de profanos ruidos
dos cerebros vegetaban
de nadie vistos ni oídos...

Al final del cuento, entra en escena un ratón, también con su filosofía, resultando la moraleja de que si un escritor es vanidoso el otro es un punto más...

En noviembre se ofrecen a los lectores dos producciones « de un precioso tomo de poesías inéditas del distinguido literato ». Una es *El periodista* y la otra *La plaza pública — versos con ayuda de vecinos*. Merece mención la citada en segundo término por haberla construido ingeniosamente en quintetos cuyas dos últimas estrofas pertenecen en cada caso a producciones de autores célebres, engarzadas para constituir cuerpo orgánico con el tema desarrollado por el autor.

La actividad intelectual que entonces desarrollaba el escritor en Bahía Blanca fué reflejada por el mismo diario al transcribir y aclarar el juicio que sobre *Novelas y Fantasías*, editado por Payró en Buenos Aires mientras era vecino del pueblo, hizo *El Diario de La Plata*. Decía, después de referirse a la amistad del autor con la imprenta : « Nuestro

amigo y compañero ha nacido para ser periodista, y aunque hoy sus asuntos comerciales lo distraigan no por eso le faltan cinco minutos diarios, aunque no sea más que para dar una vuelta alrededor de los talleres, inconscientemente, por cierto, como si eso bastara a su espíritu formado, educado, diríamos así, en la ruda tarea, que tanto más se estima y se quiere cuanto más penosa es y más sinsabores produce».

« LA CARTERA DE JUSTICIA », COMEDIA EN CINCO ACTOS

Y EN VERSO

El Porteño del 25 de abril de 1888 inicia la publicación de una obra teatral, en verso, titulada *La cartera de justicia*. Se divide en cinco actos y está firmada por Roberto J. Payró, quien la dedica « a la prensa independiente ». Es una obra no citada en parte alguna, es decir, desconocida en la actualidad. Trátase de una comedia de tipo español, bien que se desarrolle en ambiente porteño, con un poco de « política criolla », otro poco de enredos y el final obligado con la reconciliación del señor ministro y su consorte legal, abjurando y arrepentido aquél de sus deslices conyugales, con abandono además del alto cargo, del que usó y abusó para su propio beneficio y el negocio de sus allegados.

No es difícil que Payró fuera escribiendo esta obra a medida que debía aparecer en folletín, diariamente, ya que a raíz de una interrupción se anticipó su futura regularización « siempre que al autor no se le ocurra enfermarse nuevamente », cosa que, por fortuna, no sucedió. Aunque no representada, que sepamos, *La cartera de justicia* es

digna de estudiarse y debe agregarse a los antecedentes del género teatral en la Argentina, que cuenta a Payró como uno de los que pusieron sus piedras fundamentales. También para establecer la evolución de su autor, que dió después a la escena nacional piezas tan vigorosas como *Marco Severi* y *Sobre las ruinas*.

« LA TRIBUNA »

Todo lo anterior resultó preparación para una empresa de mayor aliento, como lo fué la fundación de un diario propio, cuyo número inicial está fechado el primer día de septiembre de 1889, aclarando que « circunstancias que no son del caso precipitan su aparición ». Ésta había de ser la gran empresa de Payró en Bahía Blanca, donde puso íntegra toda su gran capacidad de trabajo, prodigando su pluma para adentrarse en los más variados temas, desde el puramente literario, divagador en ocasiones, hasta la consideración de los grandes problemas económicos y políticos del país. Tocóle hacerlo en un período de excepción y difíciles momentos — no cabe de esto la menor duda — debió sortear en su lucha diaria. Pero forzoso es reconocer que Payró nunca mojó su pluma para el agravio personal, ni sus escritos, enérgicos hasta el máximo en ocasiones y valientes en todo momento, se rebajaron a lo que es común, aún hoy, en el periodismo de campaña. Ya lo anticipó en la presentación del diario : « *La Tribuna* comienza a vivir sin enemigos. Sin enemigos vivirá siempre porque sabrá luchar con altura en los combates de la idea, sin echar pie atrás ».

El mismo Payró nos dirá después, en el número del 10 de diciembre, lo difícil que era seguir esa línea de conducta, al escribir sobre el periodismo en provincias :

No es el periodismo tarea tan difícil y pesada como muchos suponen, y menos hoy, que cualquiera — sin ilustración, sin saber, ni juicio, ni criterio — puede, si cuenta con elementos pecuniarios y si tal es su gusto, dedicarse a escribir para el público, empujado por su ambición o sus conveniencias del momento... Un diario de provincias sin ataque no es un diario, es algo inútil... Qué importa el comercio, qué la industria, qué la agricultura, qué la navegación, si el que escribe no está con el ojo enrojecido y las fauces secas, esperando ansioso el primer desliz para caer sobre quien lo cometió, con rabiosa furia, y gritar, y gritar hasta que la garganta se niegue a producir sonidos!... Buscar las causas de la estagnación o del progreso, dar ideas al industrial, datos al comerciante, consejos al agricultor, tarea inútil es si no va mezclada con la pimienta del ataque maligno y personal.

El primer número de *La Tribuna* trae su editorial sobre empedrados, noticias de diversa índole, comentarios teatrales, uno de ellos jugoso, « desde el paraíso », y una « carta de uno a otro de acá », firmada por el ya conocido Loreto Cartucho y dirigida a su amigo Armando Camorra. Entre los avisos destaca su longitud el de « Payró y Brunel, importante remate », aunque no de tanta superficie cubierta como el de la propia imprenta del diario, que hacía tarjetas al minuto y contaba con obreros de primer orden... Como era obligado, iba el folletín, cuya serie inicia la « Historia de mi vecino », de Núñez de Arce. Anúnciase para el futuro la publicación de otras piezas literarias, tra-

ducidas especialmente para el diario las escritas en otros idiomas:

Pronto entran a tallar León Manso, S. Cordero Bravo y Armando Camorra. Éste se dirige al segundo en una epístola sobre el periodismo y, entre citas mitológicas, pone frases que bien pueden dirigirse al joven Payró, escritas por el mismo Payró: « Eres joven, la naturaleza te ha dotado de cualidades como son menester para un intrépido gladiador de la prensa, llevas contigo en la ruta que has emprendido una buena alforja de provisiones intelectuales, hasta de simpatías ». Poco después se brindó una sabrosa versión taquigráfica de la conferencia tenida entre Cordero y Cartucho, sobre la truculencia en el teatro.

Los trabajos de índole literaria que aparecen en *La Tribuna* son muchos y la gran mayoría, con firma, seudónimo o anónimos, es indudable que salen de la pluma del director; las mismas columnas de *Noticias* se engalanan con pequeños cuentos y otras cosas que se duda si catalogarlas entre productos de la imaginación o hechos reales. Julián Gray es quien se presenta diariamente con sus editoriales serios, bien que no desperdicia la oportunidad de algunas líneas de corte romántico. Con ésa o con otras firmas arremete contra cosas que no ve bien, como la posible llegada de contingentes de judíos al país o los deslices de algún tonsurado... *La Tribuna* bregó siempre por el adelanto social del pueblo y por el mejoramiento de las costumbres. Por eso propició la constitución de sociedades filantrópicas, culturales y artísticas, y su director figuró entre los que iniciaron la constitución de la Sociedad de Beneficencia (¿ las « Hermanas de los pobres », de *Pago Chico* ?), que tuvo como primera secretaria a su esposa, y la fundación de

la Sociedad Artística, que inauguró como vicepresidente.

Muchos momentos difíciles debieron de presentarse al diario. Su independencia de opinión y sus campañas de saneamiento administrativo, como la que hizo sobre el Banco de la Provincia y la que dirigió contra la dirección del hospital, por ejemplo, debieron crearle de enemigos y bloquearlo económicamente (véase el capítulo XVII, *Sitiado por el hambre, de Pago Chico*): se vió obligado a suspender la publicación del diario por algunos días en los primeros de diciembre de 1891, y a reanudarla con un artículo aclaratorio y la expresión de agradecimiento al pueblo, que habíase cotizado en gesto solidario para que la hoja siguiera su ruta.

EL ESCRITOR MÚLTIPLE

La gran cultura de Payró púsose en evidencia al abordar los temas de más diversa índole, ya económicos, ya sociológicos, políticos o filosóficos. Claro que no todo merecería los honores del libro (¿qué periodista de hoy podría afirmar tal cosa de lo que publica a diario, sin firma o con ella?) pero su lectura — el simple enunciado de su contenido, más de una vez — revela una inteligencia robusta, una pluma ágil y una actividad múltiple. Es así como tomó parte en una polémica sobre la pena de muerte, de la que era adversario irreductible, y en otra sobre secreto profesional; escribió extensamente sobre el matrimonio civil, entonces en primer plano entre los temas obligados de los debates más apasionados de toda la República, la suba del oro, la masonería, la libertad de sufragio y la incorporación de los extranjeros a nuestro movimiento político y social. La cues-

tión política lo apasionó por completo y en *La Tribuna* puede verse su actitud rectilínea y firme en aquellos años turbulentos. Sus editoriales sobre la política presidencial fueron tomando día a día mayor energía y la tendencia mitrista se manifestó en elogios a su abanderado. Payró estuvo entre los organizadores de la Unión Cívica en Bahía Blanca, vibrante de entusiasmo por el mitin de abril. Fué vicepresidente del Centro y le cedió al mismo el local de su casa de remates para celebrar las reuniones. Su optimismo sobre la revolución fué mucho y su apoyo a la fórmula Mitre-Irigoyen completo. El hombre y su diario combatieron pronto el Acuerdo e inclináronse hacia la división radical de la Unión Cívica. Con haberse enorgullecido de ser Bahía Blanca (iniciativa suya, probablemente) la población que primero lanzó el nombre del ilustre argentino para una nueva presidencia, más de un artículo escribió en su contra en el intervalo entre la concertación del acuerdo y su renuncia a la candidatura. En política no miraba las personas: « ideas, no hombres », escribiría alguna vez en uno de sus comentarios.

Pero, en el fragor de la lucha, obligado a escribir sobre la política chilena, pongamos por caso, siempre había de brotar de su pluma la página literaria que hiciera olvidar un tanto las asperezas del trajinar diario. Y un día Julián Gray, que apenas tiene edad para tallar entre los hombres, siente ya el recuerdo y la nostalgia de los años idos, como en su primera colaboración bahiense, y ofrece una página fresca y sabrosa sobre su iniciación en el periodismo. La titulada *Recuerdos de antaño, Crímenes a granel* y releyéndola no podemos vencer la tentación de transcribir algunos de sus párrafos :

... Desde chicuelo y cuando andaba de colegio en colegio, acariciaba yo la idea de ser periodista, cosa que por mal de mis pecados conseguí demasiado pronto, y cosa que, con harto dolor mío, amenaza convertirse en enfermedad crónica e incurable, a pesar de todos mis esfuerzos... Todas mis ambiciones se reducían a poder expresar en un diario, en estilo más o menos florido, lo que pensaba y creía, junto con mis sentimientos y mis pasiones...

¡ Ay ! Creyendo conseguir mi objeto, caí en un puesto de segundo corrector de obras en *La República*, con un sueldo de doscientos cincuenta pesos de la antigua moneda... ¡ diez nacionales !... bajo las inmediatas órdenes de Gigliassa, y allí me mantuve, tan feliz como si estuviera en un potro de tormento hasta que Pepe Gil tuvo compasión de mí, me recomendó a Juan Gutiérrez y me hizo dar un puesto de traductor en la entonces boyante *Patria Argentina*. Era a fines del 84, y me olvidaba de decir que el inédito *Comercio* de Roncayolo y Chiesanova había ya albergado los flamantes productos de mi pluma indecisa y *parloteadora*, si se me permite la palabra.

Habla sobre el diario y de los « adelantos » del administrador para que lo convidara a tomar algo, lo que tenía como resultado que gastara el sueldo antes de cobrarlo. Explica cómo se comprometió a traducir de los más diversos idiomas y cómo le encargaron los asuntos truculentos. A pedido del director, cuando no había noticias de ese carácter se inventaban :

... Sí. Cuando no los había los inventaba. ¡ Y qué horrendos, qué tétricos, qué espantosos ! ¡ Oh ! De veras que algunas veces yo mismo me horrorizaba de mi obra...

... Adquirí, por fin, tal práctica, que cada noche comía uno, dos y tres crímenes, con tanta frecuencia como si se tratase de la cosa más natural. Y lo mejor es que para

nada revisaba los diarios europeos, porque me parecía mucho más fácil que traducir de las gacetas de tribunales sacar los asuntos de mi propio chirumen sin necesidad de perder tiempo leyendo los diarios.

... Semejante escuela produjo en mí el efecto inmediato que se supone, de modo que no extrañará a nadie si digo que un mes más tarde cometía yo tan horrible asesinato, que toda la prensa se conmovió, transcribiendo la crónica de él con todo apresuramiento, como si se tratara del *plat du jour* más exquisito.

Tanto fué el ruido que dos años después ví en *La Pampa*, de feliz memoria, entonces en las últimas congojas de su interminable agonía, el mismo, mismísimo crimen por mí cometido en hora infausta y que *La Patria Argentina*, olvidada quién sabe cómo, no tardó en transcribir. ¡ Ni una coma se le había variado en su larga peregrinación !

... Pues cuando Gutiérrez me iba tomando afición, a fuerza de haberme hecho criminal, llamóme Pepe Gil a *La Libertad*, entonces de Victorino de la Plaza y Francisco Seeber y otros, y dejé para siempre las gacetas de tribunales, y juré odio a muerte a todo el que cometiera un crimen, pues como los muchachos educados por los frailes que se hacen luego más liberales que Voltaire, me había hastiado de sangre y exterminio para sécula sin fin.

Otra vez será un soneto *A Dios*, muy siglo XIX, o una fantasía en verso, contemplativa y un algo filosófica, que requiere dos números del diario para publicarse.

El número que saluda la entrada de 1890 reviste especial carácter literario y en él aparecen — en verso y en prosa — todos los colaboradores de *La Tribuna*: León Manso, Cartucho, S. Cordero, R. O. B., Gray y los otros de filiación dudosa... El de la melena hace humorismo con sus estrecheces económicas :

Sin dolores, sin un grito
falleció el ochenta y nueve,
para algunos corto y breve
pero para mi infinito

¿ Se acabarán mis apuros ?
De ser reporter cansado,
quiero verme bien *pesado*...
es decir, con pesos duros.
Quiero ser rico, que así,
de día como de noche
muy bien podré arrastrar coche...
no, que me arrastre él a mí !...

En cambio, Roberto J. Payró tiene otro tono y, pese a alguna disculpable licencia poética, por su sana inspiración bien merecen los honores del recuerdo los cuartetos que siguen, dedicados *A la pluma* :

No traiciones jamás mi pensamiento
ni sigas del malvado la corriente ;
déjame mantener alta la frente
y de vergüenza el corazón exento.

Estudia las humanas pequeñeces
mas que nunca el desprecio en tu alma viva.
Jamás a ser perfecto el hombre arriba
sin haberse extraviado muchas veces.

No busques nunca con lisonjas oro ;
lo vil sus frutos da, pero fatales.
Por la avidez manchada poco vales,
más vales, sin mancilla, que un tesoro !

Cuando alabes, sé parca : desmedida
la alabanza, envilece corazones.
Si criticas, sé dulce : tus razones
bálsamo sean, pero nunca herida.

Del estudio los bienes atesora,
y por doquiera que tu pie camine,
que lo bueno y lo justo te ilumine
y sea la verdad tu inspiradora.

Marcado el rumbo, síguelo con celo,
y en medio de la turba bulliciosa
canta la patria — madre cariñosa —
y canta la amistad — dulce consuelo !

Canta también la ciencia verdadera
que presta a nuestras almas hondo asilo,
la suave paz del ánimo tranquilo
y el amor de la dulce compañera. .

Sé avara del saber. Que labor duro
la erudición del hombre en tu ser grave.
Luego enseña. Enseñar al que no sabe
tiene su hermoso premio en el futuro.

Si algo vas a crear, tres veces duda.
Sin larga reflexión no escribas nada ;
diosa por los humanos desdeñada,
de ellos se esconde la Verdad desnuda.

Es tu tarea, ¡ oh pluma ! grande y bella
si la torpe inacción no te detiene.
¡ Haz tu deber ! ¡ Combate ! Siempre viene
el laurel de la lucha, después de ella !...

EL HOMBRE Y SU LUCHA

Un gran espíritu había de ser el que afrontara la lucha y saliera ileso del duro bregar de todos los días. Un poco de Quijote y enorme dosis de optimismo tenía Payró para mantenerse firme en sus principios de acción, pero, pese a sus pocos años, la ironía despuntaba en él, acumulando filosófi-

camente sucesos y recuerdos para filtrarlos a través de su humorismo, que conserva siempre frescas y actuales las páginas que después recogerían en su aspecto pintoresco los capítulos del ameno y documental *Pago Chico*. Sabido es que al fallecimiento de su padre, en junio de 1888, Payró recibió como herencia una pequeña fortuna, que dejó en su empresa periodística de Bahía Blanca. Para publicar *La Tribuna* montó una imprenta cuyos elementos reforzó en dos ocasiones, una al incorporar los del extinguido *El Argentino* y otra adquiriendo material en Buenos Aires. Cien mil pesos de la antigua moneda no era poco dinero, pero cuando se inicia una empresa que en vez de ganancias arroja pérdidas la cifra se reduce rápidamente. Si los negocios le eran más fructíferos, es de suponer que Payró aprovecharía sus beneficios para dar inyecciones al diario, que a pesar de todo debió suspender su aparición algunos días, no alcanzándole la vida más que hasta los primeros de abril de 1892. No podemos fijar fecha exacta ya que en la colección que consultamos y que pertenece a la biblioteca que contó a Payró entre sus animadores alcanza hasta el del 2, que no fué el último. Sabemos en cambio que el 19 se estaba encajonando todo el material de la imprenta para trasladarlo a Buenos Aires, de manera que entre ambas fechas dejó de aparecer.

Payró debió hacer frente a buen número de cuestiones personales derivadas de su actitud como periodista. A raíz de sueltos sobre el Banco de la Provincia fué acusado ante la justicia y en determinada ocasión su hermano Eduardo, que le acompañó desde octubre de 1889 como administrador y redactor del diario y como socio en la casa de remates, estuvo preso buena cantidad de días, acusado de no rendir cuentas del insignificante saldo de un remate de mue-

bles. A simple vista, esto no tiene relación con el periodismo, pero ya se conocen los motivos ocultos de asuntos de esta naturaleza en los momentos de lucha. *El Diario* de Buenos Aires se hizo eco en determinada ocasión de vejámenes al director de *La Tribuna*, no aclarados por el afectado, pero la noticia si no en su totalidad es veraz cuando dice que se impidió su aparición en el período revolucionario y que se confiscó el primer número publicado al terminarse el estado de sitio, a pesar de no ocuparse de política. Más tarde, por su campaña sobre el estado del hospital municipal, hubo de afrontar un duelo con el director de *El Porteño*, que terminó con ambos duelistas ilesos.

Como era lógico, Payró se defendía. Y lo hacía destacando su conducta sin dobleces. Así, contestando a un volante anónimo que se hacía circular, escribía en marzo de 1890: « es el mismo [Payró] que, casi en su niñez, tuvo la debilidad de redactar *El Interior* de Córdoba, pero que fué lo bastante honrado para aprender allí a amar a su país y a defenderlo ». Desafía al autor del anónimo a publicar lo que amenaza y dice que por su parte « relatará en cambio cómo estuvo en Córdoba y cómo salió de ella, pues no se avergüenza de ninguno de sus actos, y ese lapso de su vida, justamente, es un timbre honorífico para él ».

Un año después hubo de hacerse otra defensa ante la amenaza policial y, contestando al comisario, que se la hizo llegar por un tercero, llamándole « sonso y atrevido » a raíz de haber izado la bandera argentina el día que el general Mitre regresó de Europa, tiene párrafos por cierto sabrosos :

A mí no me va enseñar nada, señor Díaz, porque aunque muchacho tengo canas que el estudio tuvo a bien procurarme ; porque he obrado como hombre desde los

diez y siete años, soy ciudadano mayor, elector, contribuyente, dueño de mis acciones, podría ser diputado si tuviera tantos méritos costistas como usted, y por último porque llevo y dirijo, con la sola ayuda de mi hermano y de Baridó, un diario que siempre ha merecido la aprobación de las personas sensatas, y en que ha vibrado siempre muy alto la nota del patriotismo.

Algún motivo debió tener por otra parte para hacer figurar en determinado momento a su hermano como director del diario (cargo que decía abandonaba para dedicarse a su profesión de martillero), siendo evidente que no dejó en ningún momento el timón de la empresa.

DOS NOVELAS : « MARGARITA (UN DRAMA EN BAHÍA BLANCA) »
Y « REYES DEL MUNDO »

Ya hemos dado cuenta del hallazgo de una obra teatral de Payró desconocida actualmente. Informaremos ahora de una novela del mismo autor, también olvidada, y otra que dejó sin terminar. *La Tribuna* del 21 de febrero de 1890 inició la publicación, en folletín, de *Margarita (un drama en Bahía Blanca)*. Figura como autor León Manso y la ficción da como lugar de desarrollo las afueras del pueblo, en una de las quintas de la época. La semejanza del estilo, los caracteres reflejados, la trama de la novela, los personajes que se mueven, todo hace que el lector establezca de inmediato el parentesco estrecho con *Antígona*, la primera publicada por Payró. Una novedad original trae la nueva producción: es un capítulo a modo de paréntesis, para explicar los caracteres que el autor ha querido reflejar en la novela, como, por ejemplo, el idealismo, el positivismo, el utilitarismo

llevado al mayor extremo por el « malo » del drama, etc...

Terminó la novela en el folletín número 37 y su éxito no debió de ser poco pues animó al autor a continuarla en una posterior, que llevó por título *Reyes del mundo*. Tuvo principio de realidad esta nueva producción el 22 de julio siguiente, dedicándola a Juan de Galia (Juan de Galia firma ese día el editorial del diario) y con la paternidad del célebre León Manso, de quien pronto se descubre el nombre real con la inclusión en la novela de capítulos íntegros de *Antígona*, cuyos personajes reaparecen aquí, ligados también a algunos de *Margarita*. Guillermo Planas, del primer ensayo novelesco de Payró, resulta ahora Armando Dupont, el « malo » de *Margarita*, transformado en jefe de banda de malhechores. La novela cuenta entre sus actores al conde Mattei, que a veces se nos ocurre un segundo conde de Cagliostro, curandero, alquimista e hipnotizador. La trama toma interés, con algunos cuadros de bajo fondo, pero cuando se va haciendo fantástica y conquistando nuestra atención hasta hacernos olvidar el propósito investigador que nos llevó al diario, se corta... Indudablemente, no resultaría fácil ovillar la madeja que iba enredándose día por día y hasta sospechamos que a vuela pluma, para atender la demanda de las máquinas, pero no sería ésa sin duda la dificultad de León Manso para truncar la novela. La agitación extraordinaria de esos días lo explica mejor.

PAYRÓ Y BAHÍA BLANCA

Amarga fué la experiencia del escritor en Bahía Blanca, pero ¿hay acaso experiencia que no lo sea? En realidad, no sólo en ese rincón pampeano hubiera tenido que luchar

como luchó para mantenerse firme ; allí o en cualquier otro sitio del interior argentino habría sido lo mismo. Era la época, el momento fisiológico, diríamos, en que se encontraba el país en su desarrollo histórico, con características especiales, como las tuvo el período de la conquista, la época colonial, el caudillismo y la dictadura. Son momentos en la vida de la nación que crean especiales modos de vivir y de accionar, los estados psicológicos de la sociedad equivalentes a los del individuo en sus distintas edades. El mismo Payró lo comprendió bien y el epílogo del tantas veces citado *Pago Chico* así lo indica. Eran años heroicos para el periodismo de tierra adentro.

Cabe la opinión de que el escritor llegó a encariñarse con el pueblo — ¿ por qué no ? — pues de otro modo no hubiera perseverado en la lucha por su mejoramiento y no hubiera tampoco elogiado, como lo hizo muchas veces, su presente y su futuro. Ya en los primeros números de su espléndido diario vemos, firmados con uno de sus tantos nombres de batalla, párrafos como éstos : « ... es una verdad incontrovertible que con menor parte de los dones que otros pueblos poseen, Bahía Blanca excita el cariño de los que a ella vienen sin más preocupaciones que la del trabajo... Bahía Blanca brinda perspectivas halagüeñas al inteligente, al laborioso, al asiduo amigo, en fin, del trabajo ». Hemos dicho que aquí encontró la compañera para sus días de ventura y desventura y que cuanta iniciativa de progreso se esbozó contaba siempre con su apoyo decidido. Era, para fijar una frase suya, « la ciudad adoptiva », donde ya no se piensa estar de paso sino « en quedar, en ser de aquí ». En 1890 publicó una serie de artículos titulados « Un poco de doctrina casera », que constituyeron un cuerpo orgánico, algo

así como un estudio sociológico sobre Bahía Blanca, y que imprimió después en folleto para satisfacer el interés de los vecinos. También publicó en su diario, firmándola, una síntesis histórica del lugar.

Encariñado o no el escritor con el ambiente, lo cierto es que Bahía Blanca, el Pago Chico del 90, le brindó el escenario y los personajes de sus obras maestras. Aquí hizo su mejor experiencia, escribió mucho sobre todo lo que interesaba en ese entonces, hizo una obra teatral y una novela y dejó a medio escribir otra; también reflejó en versos su espíritu optimista y romántico de los veinte años. Día a día la figura de Payró se agranda en nuestro panorama literario y ahora sus páginas chispeantes de *Pago Chico* y de *El Casamiento de Laucha* (¡ Oh, pintoresco padre Papagna, cómo recuerdo tu figura popular, vista muchos años después de captarte, en esencia y en envoltura, el ojo avizor del novelista !) se leen ya en las clases de literatura, entre los clásicos de la lengua, con las de Lazarillo y las de Guzmán. No es tiempo perdido, pues, reseñar esos fecundos años de su vida, citar algo de lo mucho que escribió y agregar a la lista de sus obras las que dejamos señaladas. Si no otra cosa, son documentos de la vocación y de la formación de un excelso hombre de letras. Un estudio sobre Payró no podrá hacerse sin dar amplio lugar a su paso por Bahía Blanca, para explicar su obra, aquilatar su fino instinto para captar la esencia de una época y valorar las influencias recibidas.

A eso tienden estas líneas y tales son mis esperanzas como modesto servidor de la cultura de esta tierra.

GERMÁN GARCÍA.

Bahía Blanca, 1940.